

ERNESTO LUIS ALVAREZ

LA VALIJA AZUL

Este pequeño libro está colmado de poesía. La elocuencia del silencio que genera cada una de sus piezas es tal que resulta poco menos que imposible pasar de inmediato a la lectura de la siguiente.

Ese silencio que invita a la convivencia, a dejarse embriagar por él, está preñado de resonancias que provienen de una vida que ha ganado presencia en estas páginas.

Sí, una vida encuentra aquí su voz y se entrega, modulada, a quien quiera recibirla. A ese huésped de su voz le ofrece su opacidad y su transparencia, la emoción de redescubrir lo que yacía sofocado por la costumbre, la incesante perplejidad de ser, fulgores de su memoria y el abismo, a veces bienhechor, del olvido, así como su don para el amor y la huella de su ausencia.

Ernesto Alvarez trabaja bien sus emociones. Les cede inicialmente la palabra y luego las subordina a la disciplina que impone el arte. Las pondera, las sopesa, cava en ellas, explora sus secretos, ilumina sus recodos más ásperos, convive con ellas hasta alcanzarles la raíz. Y no otra cosa que poesía radical es la que ofrece *La valija azul* en su pasmosa sencillez.

No es éste su primer libro pero, posiblemente, sea el primero que sale a su encuentro para probarle que, al escribir, un hombre se reinventa. Aprende a desconocerse. A cerciorarse de que la identidad es y no es nuestra morada.

SANTIAGO KOVADLOFF



Ernesto Luis Alvarez nació en 1951 en América, provincia de Buenos Aires.

Es productor agropecuario.

Ha incursionado en la fotografía, el dibujo y el pirograbado. Su vocación literaria lo acompaña desde siempre.

Dos libros de poemas, *Belleza de otoño* y *Ecos de aldaba*, preceden a *La valija azul*.

Contacto con el autor
ealvarez@jsnet.com.ar

ERNESTO LUIS ALVAREZ

LA VALIJA AZUL

VINCIGUERRA, 2014
ISBN 978-950-843-950-5

*A Santiago Kovadloff,
por el encuentro que llegó
con claridad de luz de mayo.*

LA VALIJA AZUL

Con diecinueve años,
traías tus posesiones en la tierra.
Una valija azul.
Una caja con un ajuar.
Un cofrecito de madera.

No podías saber
que me traías el mundo entero,
toda la luz,
toda la materia,
toda mi piel y mis latidos.

PALIMPSESTO

El tiempo me escribe y me borra.

De la niñez recuerdo poco,
imágenes apenas.

Del amor o el deseo, todas sus caligrafías.

Del desaliento, el rencor o la desilusión,
nada.

De la enfermedad, más el miedo que el dolor.

La memoria me lee como un palimpsesto.

LA ESTATUA

La figura adorna el frente de un altar.
Los fieles pasan, tocan esa imagen fría.
Hay gestos que imploran o agradecen,
signos, besos, innumerables manos.

La piedra ha cobrado en esa parte
un transparente color alabastrino.
Acaso la estatua contiene más de lo que veo.

No sé qué plegaria olvido.
Qué indulgencia, qué unción, qué profecía
han callado en mí.

EL DOLOR

Una daga de pedernal,
el ídolo maya de Chichén,
el campo verde en Waterloo,
la plaza donde reinó la guillotina,
el circo romano,
la piedra de Londres
en la que rodaban cabezas.

Nada en mí percibe tanto dolor y muerte.
Si lo hiciera caería fulminado.

Existe sólo el dolor propio
que resistimos
abrazados a un peñasco.

MASACCIO

Cierra un ojo.
Con la uña del pulgar
en el extremo del pincel,
mide las cosas.
Sabe que no son como se ven.
Que todo es apariencia.
Su perspectiva tampoco atrapa el tiempo.
Nada le predice su destino en Roma.
Nada el veneno.
El implacable esbirro.
La última mañana.

REGRESO AL TEMPLO

Busco la luz de los vitrales.
El incienso.
El cirio encendido.

Apoyo mis pasos
sobre millones de pisadas.
Repito ritos y oraciones.

En esa procesión
oigo una voz que me contiene
cuando la mía se apaga.

Un temblor traduce esperanza.

A veces temor.

SEQUÍA

Un verano decidido a exterminar.
El gorrión golpea la ventana.
Indefenso como yo,
más que yo.
Inerme,
mueve los párpados.
Presiente la sentencia del sol.
Yo, la del tiempo.

Estamos solos.

MI PERRA

En su mansedumbre hay un sutil imperio.

Imagino héroes de bronce y mármol
que habrán conocido esta ternura.
Hasta el bravo Péritas
habrá esperado esa caricia,
y la mano de Alejandro,
a quien el mundo le fue estrecho,
habrá ignorado
cuál de los dos era el amo.

ALMACÉN NAVAL

Puerta pequeña
a un espacio inmenso.
Adentro,
timones gigantes, cabos, cabrestantes,
hélices con dimensiones fantásticas.
Objetos nunca imaginados.

(Mis gaviotas son de tierra arada,
el mar es para mí la playa
y luego lo infinito.)

Toqué enormes aceros,
acaricié fascinado bronce pulidos.

Un marino se alzaba
en lo recóndito de mí,
una herencia me abducía
como una pulsión jamás presentida.

Creí ser niño otra vez aquel día.
Salí apurando el paso, con alivio.

La calle previsible
me salvó de un naufragio.

EL SURCO LEVE

Recuerdo
aquel repentino sudor.
El surco leve de esa uña en la piel.
El golpe en la nuca de un gemido.

Un vaho empaña el vidrio.
Llueve.
He olvidado las voces, los rostros.
Llueve.
Quedamos solos.
La piel y yo.

ELLA

Allí estaban, lejos,
los ojos celestes, ese lago calmo.

Vuelven a veces, en la noche,
cuando el sueño es turbulento.

No te llamo. No.
No quiebro tu silencio.

Te busco en la vigilia.

MUROS

Algo de mí que nunca alcanza
busca echar raíces.

Apenas si roza la hierba.

FINAL

¿Qué será de mí
cuando la hierba sea arrasada,
cuando no quede rastro de los cementerios,
y la memoria sólo sea un desierto?

No habrá huellas.
Nada recordará las culpas,
los sucesivos logros y fracasos.
Los afanes y los sueños habrán sido.
No habrá mañana.
Se habrá perdido el alfabeto.
No habrá señal.
Una marca que se entienda.
Un grito.
Un latido en el sueño de la piedra.

MONET

Decir todo en un lienzo
y abdicar del pensamiento.
Rouan vacía,
luz sobre la piedra.
Luz que reina libre.

EL PRIMER VELO

Hojeo un álbum verde
con fotografías amarillas.
Allí estaba
ese temblor transparente.

Veo en algunos ojos
lo que tuvieron
pero ya no tienen los míos.

El amor siempre da sed.
La propia piel puede ser extraña.

DESDE EL FILO

Desde el filo alto
veo las parcelas verdes.
El sol en el poniente.
El tiempo detenido.

Estás a mi lado,
con los cabellos al viento.
De vos viene la paz.

OLOR A CAMPO

Cruje suave la ola de espigas.
Huele a seco.
Un grano entre los dientes
me dice de su madurez.
Cada tormenta me agita,
hay cúmulos negros al poniente.
Olfateo la lluvia en el viento.

No lo elegí. Me ocurre.
Unido a la tierra,
como las arrugas a mi piel.

CITA

Te busqué toda la noche.
Veo tu espalda,
casi cerrada la puerta del sueño,
agotadas las promesas,
golpeadas todas las aldabas.

Te llamo ya sin voz.
En este laberinto no hay ayer,
ni mañana, ni memoria, ni piel.

Aquí podemos amarrarnos al instante,
sanarnos una a una las heridas.
Seremos cómplices, testigos.
Después volveremos a estar solos.
Despiertos.
Fingiendo estar vivos.

EN EL BOLSILLO

Acariciaba Grecia
en las aristas de un guijarro blanco.
Veía a Pitágoras dibujando
hipotenusas en la arena.
Repasaba mitos, tragedias.
Estaban Heráclito y su río.

Lo perdí en una playa
del otro lado del mundo.
Volvió a ser piedra,
libre al fin de mí.

En otra piedra marrón
hoy llevo cerca un cerro
donde creí rozar
mi resplandor de Damasco.

Refugios contra el viento
que barre mi llanura vacía;
abarcas en lo poco
historias, ruinas, cordilleras.
En un caracol, el mar perdido.

MEMORIA

Regreso.

Los pies buscan viejas huellas.

Escalo el terraplén aferrado al pasto.

Huelo en el aire que golpea
el mismo aroma a campo.

En los oídos, viento,
rumor de voces, trinos.

Revuelan los pájaros y uno es casi otro
en la pampa interminable.

Abro el molino
que despliega su cola,
y chirriando, gira.

Me lavo las manos y la cara,
cierro los ojos y bebo, otra vez,
en el cuenco que hacen para mí
las manos fuertes de mi padre.

LA CASA SOLA

Ayer murió la anciana.
Están cerradas las ventanas.
Cuadros, muebles, ropa,
zapatos viejos,
habitarán la casa.

Quedará lo que no se dijo.
Lo que se esperó que se dijera.

ÁRBOL

Sin el amor al que me aferro
un árbol muerto sería,
un montón de troncos apilados,
fuego apagado, ceniza.

LA POESÍA

Algunas veces, sólo algunas,
un dedo me señala
las cosas que jamás vería.

OBJETOS

Una piedra
gastada por el roce de los dedos.
Un sobre con rastros de perfume.
Un rosario con el que imploré enfermo.
Un libro agobiado de marcas.
Un reloj.

Objetos que abren y cierran mis días.
Simples cosas que ocupan misteriosos
espacios.

CATALINA LEJOS

Ella mira lejos
como quien no mira nada.
Ese perfil no trasunta santidad.
Nada invita a rezarle una plegaria.
Ningún mito desafía la imaginación.
Sólo una línea pura, un color transparente.
Hay viva luz,
música sonando en ese rostro.
Algo que nunca quiere explicarse.

Llevo al sueño ese tesoro intangible.
Estará conmigo al despertar.

PUERTOS

Veo puertos
en los que nadie amarra.
Navíos
que no zarparán nunca.

Tiempo anclado.

EN LO INESPERADO

Pasó la lluvia.
Repetía los mismos pasos,
caminaba con el tedio,
hasta que un dedo de luz
señaló cosas de la tierra.

El viento desprendió
una hoja del roble.
Tenía rojos, amarillos.
Se resistía a caer.
Giró aferrada
a remolinos del aire.

Cayó en la cuneta.
El agua la arrastró.

Una gota brilló en su faz.

INSTANTE

A veces
un estruendo
abarca todo.
Invade mis oídos.

Otras,
brilla una pausa,
las hojas sobre el césped,
una huella en el polvo,
líquenes
del lado sur de las cortezas.

Algo se apiada de mí.

AROMAS

Abro y entro.
Aroma a pan casero.
Crepitan las cebollas.

Estás.
Te encuentro.
Allí, tus pies perfectos.
En ellos, como una huella,
el celeste curso de tus venas.
En la paz de tu sueño, mía.

PIROGRABADOS

Horas largas, días, meses,
en aquellos trazos cortos.
Con aroma a madera quemada
el rostro iba apareciendo.
En cada trazo iban palabras,
versos que después olvidaría.

La punta al rojo vivo,
mi mano dolorida.
El pino blanco en los brillos,
los claroscuros en sepias.

Quedaron esos retratos.
La pasión en los ojos de Tolstoi.
La mirada escéptica de Russell.
Whitman y ese gesto que vio todo.
La luz ha desvaído los contrastes.

¿Qué no veo en los espejos?

AGENDA

El tiempo confinado en una agenda
convierte todo en inmediato.

En la mesa de un café,
o mirando sin ver en el jardín,
todo es remoto, por venir.

En el tiempo vacío está el nudo
que une las cosas.
La armonía y los demonios del silencio.
La revelación que aguardo, a veces.

EN MAYO

Noche sin luna.
Algo sin nombre invitaba.
Me adentré en campo abierto
donde el cielo abraza.
Jamás vi tantas estrellas.

Regresé a casa.
-Murió tu padre- dijeron.
Corrí. Lo vi en su cama lívido.
Me arrodillé a su lado
rocé sus pies fríos.

Se abrió el abismo del nunca más.

LOS SENTIDOS

Hay dos personas en mí.
Una hunde a diario
sus dedos en la tierra,
otra trata de aprehender
brillos que acaso existen.

Cruzan el cielo las garzas.
Uno ve en ellas el tiempo de sembrar.
El otro inquiera el misterio de la ve
que une su vuelo blanco.

Ambos confluyen en los sentidos
donde yace y no está lo verdadero.

ENRIQUE V

La muerte no llegaría en batalla.
Fue en estos muros fríos de Vincennes.
Al Rey le escribirán poetas,
le será dado el mármol a sus huesos.
Pero el joven Enrique tuvo una agonía
igual a otras agonías.
Común a todos.
Muerto por amebas
entre estertores y diarrea.

EL TIEMPO

Volver y volver
a sitios que siempre
parecen los mismos.
La pulcra Viena,
Venecia, eternamente efímera,
Roma y las copas de sus pinos,
Toscana, el golfo del Tigullio.

Veo amanecer en el patio aunque haga frío,
con un café en la mano
y un cigarro que no debo.
Duerme mi mujer. La casa espera.
También aquí se cree que todo permanece,
que siempre soy el mismo.

OFRENDA

La mañana es aún oscura, brumosa.
De pronto el sol.
La copa desnuda de los fresnos.
Un dorado mágico en lo gris.

Lo escribo en el borde de una servilleta.

Me llevo este instante al resto del día.

MEDIANOCHE

Aparecen las constelaciones,
nombres que aprendo y olvido.
En el hombro de Orión, Betelgeuse,
que un día elegí,
como se eligen las cosas,
como fui elegido,
sin saber por qué.

En la oscuridad
me aferro al viento.